

LA PROMESA DEL HIGHLANDER

Arlette Geneve



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Waterfallcastle – La Promesa del Highlander

© 2008 María Martínez Franco. Reservados todos los derechos
© 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Noviembre 2008

ISBN: 978-84-92431-60-1

Depósito Legal: M-46797-2008

Impreso en España / Printed in Spain

Impresión: Brosmac S.L.

© Valery
www.valery.es
editorial@valery.es

Editorial ViaMagna
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta
Barcelona 08017
www.editorialviamagna.com
email: editorial@editorialviamagna.com

Para contactar con Arlette Geneve, su email es arlettegeneve@hotmail.com

Con todo mi cariño a Nuria, Ana María y Loli por esa
maravillosa familia que han logrado reunir y, a todas mis
chicas del foro Románticas al Horizonte.
Os quiero, guapísimas.

PRÓLOGO

El fuego ardía con fuerza y crepitaba, los dos hombres de aspecto sombrío se habían alejado de él renuentes, el aire se volvía cada vez más frío y seco, parecía como si arañase con uñas afiladas. La tierra húmeda desprendía olores de muerte mientras que las sombras y el silencio en el bosque resultaban siniestros. Una helada rigidez lo envolvió tan espesamente que sus pulmones apenas podían respirar, estaban tan aprisionados que le producían un ahogo físico difícil de ignorar.

Observó a los dos hombres encargados de las sepulturas en el clan, su forma apática de cavar un agujero profundo y grande, dando paladas secas y certeras. El sonido de la tierra al quebrarse le produjo un espasmo en las tripas. Kerien seguía apoyado tras el tronco del inmenso castaño viejo y desnudo, asiendo con sus dedos helados la áspera corteza gris sin perderse detalle de lo que ocurría, y sin percatarse de que sus yemas heridas se deslizaban entre las grietas astillosas sin percibir dolor alguno, solo el de su alma herida por la pérdida.

Era incapaz de sentir nada salvo la angustia palpitante en el interior de sus entrañas. La culpa que sentía lo cegaba con latidos de muerte y con unos remordimientos violentos, pero siguió observándolos sin perderse detalle de cada acto que ejecutaban con sus movimientos, ansiando con un

ARLETTE GENEVE

pesar indescriptible que ese momento terrible no se le olvidase jamás. Los hombres habían terminado de marcar un amplio rectángulo sobre la tierra dura, a escasos metros de un viejo ciprés que se mecía entre las sombras como un espectro ambulante. Sintió un escalofrío de dolor al contemplar el cuerpo de su hermano envuelto en el lienzo sucio y rasgado. Cada gota de sangre en la sucia tela era una quiragra de aliento que dejaba morir entre suspiros.

Su mano había sesgado la vida de Tadeg, y Kerien no podía sobrellevar tanto dolor. Estaba maldito, manchado con un estigma difícil de ignorar y que no podría borrar en toda su vida.

Los dos hombres habían terminado de cavar al fin, uno de ellos se secó la frente perlada de sudor con la sucia tela de su camisa al tiempo que lanzaba un suspiro irregular de cansancio. Ambos aunaron esfuerzos para asir los restos sin vida del cuerpo y lo arrojaron al profundo foso. Kerien lanzó un gemido estrangulado cuando lanzaron la primera palada de tierra a la tumba; trataba de sostenerse sobre sus piernas temblorosas pero la herida en su costado había sido muy grave, le había perforado un pulmón, y aunque la recuperación resultaba lenta y dolorosa, prefería ser él, y no Tadeg, el que estuviese dentro del foso. Los hombres fueron apilando la tierra, formaron un montículo con ella y acabaron de cubrir el hoyo de forma rápida y eficiente. Él siguió allí contemplando todo tan cerca que no entendía cómo los ancianos sepultureros no escuchaban los latidos de su corazón, que presionaba su sien hasta producirle un dolor insoportable.

Los hombres se persignaron cuando hubieron terminado su trabajo.

Durante varios minutos no pudo moverse aunque lo intentó. La bilis se le había adherido en la garganta, espesa y sucia. Kerien se sentía incapaz de sofocar la angustia que lo mantenía paralizado, estaba a punto de caer y vomitar en el

áspero suelo. Arrastró sus pesados pies hacia la sepultura, y cuando llegó hasta allí, cayó de rodillas en un rugido furioso de desolación absoluta.

Su tragedia no conocía límites.

CAPÍTULO 1

Reino de Castilla, 1175

Blanca escudriñaba el bullicio que se escuchaba a esa hora de la tarde. Había finalizado una de las justas y ella, desde la estrecha abertura de la entrada de la tienda, miraba de forma suspicaz al robusto caballero que hundía la cabeza una y otra vez en la jofaina llena de agua: sus fuertes músculos quedaban manifiestos en cada movimiento de sus brazos mientras se ocupaba de refrescarse, y cuando alzó la cabeza y la zarandeó con energía, comenzó a salpicar gotas por todas partes mojando con su juego al conde de Anjou, Ricardo Plantagenet, y a su cuñado Alfonso, al que apodaban “el Noble”. Ambos reían mientras amenazaban con fuertes represalias si continuaba en su empeño de dejarlos empapados hasta los huesos. Desde los esponsales de Alfonso de Castilla con Leonor Plantagenet cinco años atrás, la amistad de Ricardo y Alfonso había madurado y crecido.

Ambos hombres estaban destinados a hacer grandes y poderosas obras.

Blanca, desde su escondite, podía escuchar las bromas que compartían a pesar de las diferencias que los separaban, alguna mención sobre la brillante actuación de los caballeros ingleses en la justa. Blanca sabía que la mayoría de los participantes del torneo se encontraban tan ebrios que, en el si-

ARLETTE GENEVE

guiente juego de la sortija, muchos perderían más por la resaca que por la falta de habilidad.

El sol se estaba ocultando sobre el horizonte brumoso mientras una suave brisa se iba colando por la rendija abierta y bailaba juguetona entre su fina falda de lino de color azul. El mes de septiembre seguía siendo soleado en Burgos, los ojos castaños de Blanca se pasearon más allá de las tiendas montadas en el campo. A un lado del inmenso y fresco prado se habían levantados los estrados, profusamente decorados con banderolas, emblemas y tapices. Miró los diferentes blasones que se mostraban, ingleses y normandos. Los torneos del rey de Castilla eran sumamente conocidos y codiciados en los vastos imperios cristianos. Las lizas y las tribunas para los espectadores se habían levantado al otro lado de los muros del ala sur. El color verde intenso de la hierba resaltaba un mosaico de pabellones de sedas multicolores que embellecía el paisaje castellano todavía más.

El campo se encontraba lleno de escuderos y pajes que portaban el peso de las armaduras llevándolas de un lugar a otro según las necesidades de sus amos sin una protesta, demasiado contentos con la comida y el espectáculo.

Burgos presumía de un ambiente festivo y risueño.

Los niños más pequeños enarbolaban con alegría inusitada estandartes sencillos hechos en casa e imitaban con sus juegos y saltos a los grandes condes y señores que habían llegado para los juegos. Sus gritos impacientes arrancaban sonrisas a sus progenitores, que los contemplaban llenos de orgullo.

Blanca, volvió su vista del caballero que se había convertido en el centro de su atención, lo valoró y decidió a continuación cómo basaría su estrategia de ataque.

Debía mostrarse muy astuta para poder engañar a su padre.

—Mi niña, ¡no debéis permitir que os vean!

Blanca volvió su cabeza hacia su niñera y le sonrió.

—Solo curioseaba un poco.

LA PROMESA DEL HIGHLANDER

—Vuestro padre se enojará enormemente conmigo si sospecha, por un breve instante, que habéis abandonado las dependencias del castillo.

Blanca negó con la cabeza y suspiró. Su padre, el conde de Verdial, había resultado un contrincante duro de vencer y ella se encontraba urdiendo un plan en el que rodarían muchas cabezas... la primera sería la suya si lo ejecutaba.

—No podrá objetar nada porque estoy en la tienda de mi primo Ginés, y a sus ojos, simplemente he venido a ofrecerle mis felicitaciones. Su actuación en la liza ha sido la mejor de todas —esperaba callar a su aya con esas palabras, pero no lo consiguió.

—No tenéis por qué hacerlo, es vuestro deber como cristiana negaros, lo sabéis.

Blanca reprimió un quejido profundo y desalentador. Sentía estremecimientos ante lo que tenía que hacer y lo caro que se lo haría pagar su padre cuando lo descubriese.

—No deseo casarme con don Louis Martel y mi padre no atiende a razones. Tiene cincuenta años, tata. Además de un hijo mayor que yo y que me detesta —Blanca cabeceó pesarosa.

—Solamente vos tenéis la culpa por no controlar vuestra réplica delante de él.

—Dorian Martel es exasperante —Blanca recordaba de forma clara los ojos castaños del normando afincado en tierras de León por su vasallaje. Las miradas que habían cruzado en sus raros encuentros mostraban a las claras lo que pensaba de ella.

Teresa siguió en su letanía recordatoria.

—Es el único caballero que os ve como sois y actúa en consecuencia.

Blanca se molestó.

—Me duelen tus palabras. Sé que me las dices porque me quieres pero no son ciertas.

Teresa contempló los ojos brillantes de indignación de su pupila y se arrepintió de sus apresuradas palabras.

ARLETTE GENEVE

—Lo sé, paloma mía, pero los caballeros no saben que actuáis de esa manera para no alentar sus intenciones románticas. ¿Cómo pueden ser tan lerdos y creerse tan listos? —Teresa entrecerró sus ojos pensativa, como meditando sus propias palabras.

—Me gustaría ser una campesina cualquiera y no una heredera.

Teresa bufó al escucharla.

—Palabras fáciles cuando se tiene la tripa llena y cientos de bardos alabando vuestra hermosura cada día de vuestra vida.

—Si don Louis no tuviese un hijo tan dominante podría llegar hasta los esponsales de buena fe.

Teresa la miró severa.

—Dorian conoce el poder que ejercéis sobre los hombres. Es el único que está inmune a él, y ese detalle es lo que realmente os molesta.

—¿Y tengo que vivir bajo su amparo el resto de mi vida? Mi padre debe de estar loco.

—Vuestro padre hizo una promesa a un amigo y es hombre de llevarla a cabo.

Blanca miró a Teresa con enfado en sus expresivos ojos verdes.

—Mi padre no se ha recuperado de la muerte de Jaime. No cejará en su empeño de controlar mi vida, mi futuro, y yo no puedo permitírselo.

Teresa la miró con sorpresa.

—Habéis sido una niña difícil y voluntariosa desde que nacisteis; vuestro padre desea veros establecida y con menos humos en la cabeza.

Blanca carcajeó con esa risa hilarante que conseguía sacar de quicio a su aya.

—¿Crees que un marido que está con un pie en la tumba conseguirá disipar mis humos?

Teresa le replicó:

LA PROMESA DEL HIGHLANDER

—El marido es posible que no, pero nunca dudéis que el hijastro sí —Blanca dejó escapar un gemido, Teresa siguió imparable—. Conocéis los motivos de vuestro padre para casaros con don Louis Martel —Blanca asintió—. Cuando seáis su viuda, las pretensiones de don Francisco se habrán esfumado en el aire.

Blanca suspiró, y bajando lentamente la mano, se alejó de la entrada de la tienda. Su primo don Francisco de Solís había resultado un hueso duro de roer, no había cejado en su empeño de comprometerla de todas las formas posibles hasta que su padre, el conde de Verdial, le mostró los acuerdos del compromiso con don Louis Martel. Francisco no había aceptado su derrota, pero se había apartado en silencio.

Blanca tenía planes muy diferentes. Deseaba controlar su vida y sus vastas propiedades sin la necesidad de un marido y pensaba hacer lo imposible para conseguirlo.

—¿Estás segura de la ubicación de la tienda de sir Guillermo?

Teresa la miró extrañada, y con una pregunta mordiéndole los labios, no pudo evitar que saliera por su boca:

—¿Por qué lo habéis elegido a él? Hay montones de caballeros en el reino que estarían dispuesto a vuestro noble sacrificio con tan solo una mención por vuestra parte.

Blanca negó con la cabeza mirando a Teresa. Lanzó un suspiro que más parecía una queja.

—Ese caballero volverá a su país tras los juegos, tata. No sabe quién soy y no me ha visto en su vida. Poco podrá recordar de esta noche —inspiró—. Ha sido muy difícil tomar esta decisión y no pienso volverme atrás, ¡no me hostigues más con tus reservas!

—Estáis cometiendo el mayor error de vuestra vida y vais a hacer sufrir mucho a vuestro padre.

Blanca la miró fijamente sin parpadear.

—Mi padre comprenderá que he intentado hacer lo mejor para Verdial.

ARLETTE GENEVE

Teresa se sentó con el cansancio reflejado en su rostro moreno.

Blanca se sentía realmente disgustada por la situación en la que se encontraba pero pensaba continuar con su plan hasta el final, por más que las dudas la mordiesen.

—No es decente usar a un caballero sin su consentimiento. Si alguna vez se descubren vuestras artimañas...

Blanca se volvió rauda ante las palabras secas de Teresa. Ella misma estaba consumida por las dudas pero... ¡tenía que hacerlo!

—Los hombres, sean o no caballeros, se hunden con demasiada frecuencia entre los muslos femeninos sin importarles si han sido invitados o no. Me resulta inconcebible tu actitud y defensa —Teresa la miró con dureza en sus ojos negros.

—Estamos hablando de un caballero inglés, por si olvidáis ese pequeño detalle.

Blanca hizo un gesto burlón con sus labios.

—Tata... ¡no es inglés, sino escocés! Y ese pequeño detalle conviene a mis planes mucho más de lo que puedas imaginarte.

Teresa la miró con duda.

—Su amigo es alguien poderoso y cuñado de nuestro rey Alfonso.

—Esa nimiedad no me preocupa, así que deja de protestar y dame más moristel caliente.

Teresa se levantó a regañadientes, pero le llenó la copa hasta rebosar.

—Habéis bebido más de lo que tolera vuestro cuerpo, vais a caer inconsciente de un momento a otro y vuestros planes se irán al traste.

Blanca volvió a beberse el vino de un trago.

—Necesito estar ebria. De lo contrario, no podré hacer lo que pretendo y la cobardía me acompañará el resto de mi vida.

Blanca estaba interiormente aterrada. Nunca antes una decisión le había causado tal malestar infinito, pero había

LA PROMESA DEL HIGHLANDER

hecho una promesa y tenía que cumplirla. Extrañaba tanto a Jaime... Su muerte de forma tan absurda le producía una impotencia que le carcomía el alma. Había decidido que la herencia de su hermano muerto no iba a ser desmembrada por sus esponsales. Blanca era consciente de que tras la muerte de su hermano mayor, ella pasaba a ser la única heredera de su padre y por nada del mundo podía permitir que su futuro marido se apoderase de las tierras y del título que le pertenecía a su hermano por derecho, aunque estuviese muerto.

Había tomado su decisión y nada iba a lograr que cambiase de idea.

—Puede que a pesar del sacrificio, don Louis aún esté decidido al matrimonio.

Blanca contuvo un escalofrío al oír las palabras de Teresa. Ella ya había sopesado esa posibilidad y buscado otra alternativa sin encontrarla.

—Nada ofende más a un prometido que una novia mancillada. Conozco a don Louis, sé que no perdonará que se le ultraje y menos si esa injuria proviene de una castellana —Blanca calló un momento para tomar resuello—. Cuando todo se descubra, prometeré a mi padre que tomaré los hábitos. Cuando Dios lo reclame en su gloria, me ocuparé de Verdial y de todos vosotros. Es mi promesa más solemne.

Teresa miró por un momento a su señora, su niña. La había criado ella, pues su madre había muerto a las pocas horas de nacer en un parto que se había prolongado durante varios días. El conde nunca volvió a ser el mismo, y tras perder a su primogénito en una justa, la gallardía y la altivez se habían esfumado de su robusto cuerpo llenándole de amargura el rostro. Don Francisco de Solís, sobrino político de don Juan, pretendía la mano de Blanca a toda costa pues quería ser el próximo señor de Verdial. Ante el acoso al que tenía sometida a Blanca, don Juan había optado por acudir a su viejo amigo don Louis para salvar a su hija de un destino peor que la muerte.

—Yo podría ocuparme de mi primo Francisco.

Teresa la miró como si acabara de abandonarla la sensatez con un golpe de aire.

—Francisco ansía demasiado las tierras y fortuna del conde para actuar como un caballero. Nada lo detendrá, la codicia lo ciega y lo acuna como si fuese una madre pérfida y borracha.

—¡Francisco no tendrá la herencia de Jaime! —exclamó con el dolor saliendo por sus poros en lenta agonía.

—Por esa razón vuestro padre os quiere casada con don Louis, es algo que deberíais aceptar.

—Entre dos males, elijo el menos grave.